

tigo de aquel diluvio universal (s) enviado por los pecados, y el de la soberbia de aquel hermosísimo ángel (t), por el cual se hizo el peor de los demonios, y también la destrucción de Jerusalem que hasta hoy día dura, y la de Babilonia, de Ninive y de otras grandes ciudades que por pecados fueron assoladas; porque esto sería nunca acabar. Basta decir, que sobre todos estos castigos, les está guardada la pena del infierno que durará para siempre, en la cual eternamente estarán privados de un bien infinito, que es la visión beatífica de Dios. Y allende desta pena que llaman de daño, padecerán en el cuerpo y ánima tormentos de fuego, no fuego espiritual (como algunos ignorantes podrían imaginar), sino verdadero fuego material como este nuestro, aunque tiene otras propiedades, porque no mata como este, mas atormenta las ánimas, lo cual no hace este. Pues según esto, ¿qué mayores favores se pudieran prometer á la virtud, y qué mayores desfavores al vicio que los susodichos? Lo cual todo declara cuán grande sea en esta parte la excelencia de la religión cristiana, que tan grandes bienes propone á la virtud, y tan grandes amenazas y desfavores al vicio.

## CAPITULO VIII.

De la sexta excelencia de la religión cristiana, que es la perpetuidad y constancia della en todos los siglos desde el principio del mundo.

La sexta excelencia de la religión cristiana es la antigüedad, y perpetuidad, y constancia della, la cual desde el principio del mundo fué profetizada, figurada, y persevera hasta hoy. Porque dado caso que en la ley de gracia nos explicó muchos misterios aquel Señor que vino á este mundo á ser, no solo redemptor, sino también nuestro doctor y maestro (como los profetas lo testifican) (a), mas todavía ellos también creyeron y profetizaron todo lo que este celestial maestro mas claramente nos enseñó, junto con los misterios de la nueva ley de gracia. Y por esto siempre fué una la fe que corrió por todas las edades del mundo, habiendo sido por tantas vías combatida. Porque ¿quién podrá explicar con cuántas máquinas de tormentos, nunca vistos ni imaginados, pretendieron los monarcas del mundo derribar y desterrar de los corazones de los hombres esta fe? Y después destos, ¿por cuántas vías los herejes con razones humanas pretendieron corromperla? Mas ella siempre perseveró en su misma pureza, como una firme roca en medio de la mar, que desprecia todos los combates de los vientos y ondas. Y todos los herejes con sus herejías se desvanecieron y deshicieron como humo, y ella siempre quedó entera; porque estaba fundada sobre firme piedra, que es el amparo y la protección divina. Y por esto las puertas del infierno (que son todas las fuerzas y artes de los demonios, y todo el poder del mundo) no prevalecieron contra ella (b). Lo cual es un grande argumento é indicio de su verdad. Porque (como ya dijimos) la verdad es siempre una y de una manera; mas la mentira que se desvía del blanco de la verdad puede ser de infinitas maneras. Lo cual se ve claro en los desventurados herejes de nuestros tiempos, entre los cuales (con no haber muchos años que comenzaron) se han levantado ya ciento y diez y ocho sectas diferentes, que son ya mas que las lenguas de Babilonia. Y de aquí es lo que se cuenta de un señor de Alemania: el cual siendo preguntado qué fe te-

(s) Genes. 7. (t) Isai. 14. (a) Esai. 55. Joel. 2. (b) Matth. 16.

nian ciertos pueblos sus vecinos, respondió que el año pasado habían tenido tal manera de fe, mas no sabía la que tenían el año presente. Esta es pues la condición de la mentira, ser inconstante y varia: lo cual se ve cuán ajeno sea de nuestra santísima religión.

Y es cosa maravillosa ver el celo que en todas las edades han tenido los Padres de la Iglesia en conservar esta pureza y sinceridad de la fe. Porque por una duda que se levante acerca de algun artículo della, procuran juntar un concilio universal de todos los preladados, y todos en comun, invocada primero la gracia del Espíritu Sancto, tratan con grande peso y acuerdo esta duda, y determinan lo que se debe tener y creer. Y no contentos con esto, tiene la Iglesia diputados jueces para las cosas tocantes á la fe: los cuales en ninguna otra cosa entienden, ni de otras causas tratan sino de las que tocan á la fe. Lo cual todo procede, no solo de la divina Providencia, que por medios tan convenientes gobierna su Iglesia, sino también porque la fuerza y hermosura de la verdad echa fuera sus resplandecientes rayos, con los cuales aprueba y justifica á sí misma, y enamora tanto á sus guardadores, que los hace tener estos tan grandes celos de su pureza virginal.

No vemos estos celos ni esta manera de providencia en las sectas, ó religiones falsas que se han levantado en el mundo. Y así se maravilla Sant Augustin (c), viendo cómo entre los gentiles, cada filósofo pintaba á Dios y á la religión como se le antojaba, y no por eso había prohibición ni castigo dello. Solo Sócrates fué sentenciado á muerte, porque confesaba un solo Dios, y negaba los otros. Y Anaxágoras fué desterrado de Atenas, por haber dicho que el sol era una piedra resplandeciente. De lo cual se maravilla mucho Sant Augustin (d), porque en esa ciudad estuvo en gran reputación el Epicuro, el cual quitando la inmortalidad de las ánimas, y con ella la divina Providencia, y poniendo la felicidad del hombre en el deleite, totalmente pervirtió toda manera de religión. Porque ¿á qué propósito había de ser un hombre virtuoso, si Dios ninguna cuenta tenía con la virtud, y el ánima moría juntamente con el cuerpo? Mas con ser este error tan pestilencial, nunca por eso este bestial filósofo perdió un cabello, antes tenía muchos fautores y seguidores desta blasfemia. Pues ¿qué diré de Plinio? El cual en la historia natural dirigida al emperador Vespasiano, luego en el principio niega la Providencia, y adelante la inmortalidad del ánima: con lo cual totalmente destruyó la religión y culto de Dios. Porque si en esta vida ni en la otra espero nada de Dios, ¿para qué lo tengo de honrar? Y con todo esto, publicado un libro con esta tan gran blasfemia, nadie le dijo: Mal dices; ni por eso perdió nada. En lo cual se ve la vanidad de aquella secta, y lo poco en que sus seguidores la tenían, pues tan mal la celaban. Los grandes tesoros guardanse con gran diligencia; mas los que así no se guardan, indicio es que no son tenidos por tales.

Tampoco los judíos tenían estos celos de la verdad de su religión; porque entre ellos era tenida en veneración la secta de los saduceos, los cuales eran tan materiales y groseros, que no creían que había mas de lo que se conocía por los sentidos; y así decían,

(c) Aug. de Civ. Dei, lib. 8. cap. 5. tom. 5. (d) Idem, et ibid. lib. 18. cap. 41.

que ni había ángeles (e), ni espíritus, y sobre todo negaban la resurrección, la cual negada síguese lo que concluye el Apostol (f): Si no se espera resurrección de los muertos, comamos y bebamos, porque mañana moriremos.

Tampoco los moros tuvieron estos celos de la verdad de su secta. Porque Averrois, comentador de Aristóteles, que era moro, niega la inmortalidad del ánima: lo cual destruye totalmente la religión. Y asimismo dice, que mejor trató Aristóteles del último fin y felicidad del hombre que Mahoma. Porque Aristóteles puso la felicidad del hombre, en la mas excelente de sus obras, que es en la contemplación de Dios; y Mahoma la puso en la mas sucia obra que puede haber, que es en comer, y beber, y mozas vírgines, haciendo del Paraíso un lugar de malas mujeres. Y porque este engañador vió que donde había comer y beber, había de haber excrementos, y superfluidades del vientre, por no poner en el cielo muladar para esto, dijo, que por vía de sudor se despidieran estas superfluidades. Pues ¿qué cosa mas para reír? En lo cual se ve, que no habla en esta materia por metáforas (como algunos moros mas discretos dicen, avergonzados con la deshonestidad deste su paraíso), sino que realmente lo entendió como las palabras suenan; pareciéndole que no había otro cebo mas sabroso para atraer á sí los hombres carnales y deshonestos que este. El cual yerro es tan bestial, y tan contrario á toda filosofía, que necesariamente había de creer este tan grande filósofo, que no era verdadero profeta, sino engañador, quien puso en su Alcoran un tan sucio paraíso como este. Mas ni estos filósofos fueron por esto acusados, ó condenados. Lo contrario de lo cual vemos en la religión cristiana; pues no consiente menoscabarse una tilde de la fe que profesa, sin que pase por el fuego quien la quisiere alterar. Lo cual es grande argumento de la verdad; pues ella, según dijimos, con su propia dignidad y hermosura así se hace celar y estimar.

## CAPITULO IX.

De la séptima excelencia de la religión cristiana, que es la dignidad de la sagrada Escritura, en que ella se funda.

La séptima excelencia de la religión cristiana es la dignidad y pureza de la sagrada Escritura, que nos persuade y exhorta la buena vida, y nos da reglas y avisos para saber agradar á Dios. Para tratar del fruto y de las alabanzas desta Escritura, eran menester tantos libros cuantos ella tiene; porque cada uno merecía su propia alabanza. Mas pasando de corrida por esta materia, y comenzando por los cinco libros de la Ley, entre otras muchas cosas que hay de mucha consideración, una dellas es ver de cuántas invenciones usó este gran profeta (a), que hablaba con Dios cara á cara, para inducir á los hombres á la guarda de la ley divina. Porque primeramente él ayunó cuarenta dias, estando con Dios en el monte, y alcanzó dél esta ley escrita en unas tablas de piedra con el dedo del mismo Dios, para mayor autoridad y estima della. Después mandó guardar estas dos tablas dentro del arca del Testamento, sobre la cual estaba el propiciatorio, que era el lugar de mayor veneración que había en aquel pueblo. Tras desto prometió inestimables favores y prosperidades á los guardadores de la ley (b), y tan grandes maldiciones y

(e) Act. 23. (f) 1. Cor. 15. (a) Exod. 33. (b) Deut. 28.

amenazas á los quebrantadores della, que hacen temblar las carnes de quien las lee. Allende desto, mandó al pueblo que entrado en la tierra de promisión (c) levantase unas grandes piedras en el monte Hebal y las allanasen con cal, y edificase junto á ellas un altar, y escribiese en estas piedras clara y distintamente las palabras de la ley de Dios, para que cuantos hombres por allí pasasen, vieses escritas las leyes que habían de guardar. Y á esta diligencia añadió otra muy principal (d), mandando que todos ellos trajesen en sus vestiduras unas fajas azules, las cuales les sirviesen de despertadores y memoriales de la ley que habían de guardar. Y sobre todo esto acrecentó otra diligencia, mandando que se repartiesen las doce tribus (e) en dos montes que estaban juntos: los seis tribus en el uno, y los otros seis en el otro; y que los levitas pronunciasen en particular las maldiciones de los quebrantadores de la ley, y todo el pueblo á cada maldición respondiese Amen; en esta forma: Maldito el que hace algun ídolo, y lo tiene escondido en su casa; y el pueblo responderá: Amen. Maldito el que no honra á su padre ó madre; y el pueblo responderá: Amen. Maldito el que duerme con la mujer de su prójimo; y el pueblo responderá: Amen. Desta manera prosigue las maldiciones de los quebrantadores de los otros mandamientos con esta tan grande solemnidad y concurso de todos los doce tribus, para que con el miedo destas maldiciones y deste Amen Amen de todo el pueblo, temblasen los hombres de cometer culpas subjectas á tantos temores. Y como si todo esto fuera poco, encomienda el estudio y la guarda destes mandamientos con las mas encarecidas palabras que se pudieran encomendar. Porque dice así: Traerás estas palabras que yo te mando hoy (f) escritas en tu corazón, y enseñarás las á tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa, y andando camino, y cuando durmieres y despertares del sueño; y atarlas has por señal en tu mano, y estarán y moverse han delante de tus ojos, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues ¿quién no entenderá por todas estas cosas de cuánta importancia sea la guarda de la ley de Dios, la cual un hombre tan lleno del Espíritu Sancto por tantas vías y maneras la encomendaba? Porque no cargara tanto la mano en esta encomienda quien tanto sabía, si no viera clarísimamente lo mucho que ella nos importaba; porque sabía él muy bien que guardada esta ley, todas las prosperidades y bienes se nos entrarían por las puertas, y haciendo lo contrario todos los males. En estos mismos libros de la ley se verán claramente aquellas dos tan celebradas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia. La misericordia se declara con los favores inestimables que hizo á este pueblo, así en la salida de Egipto, como en todo el camino hasta conquistar la tierra de promisión. Por lo cual dijo Moysen (g) que Dios había guiado aquel pueblo y llevádolo de la manera que un padre lleva en los brazos un hijo chiquito. Mas por el contrario, la justicia se ve en los grandes azotes con que los castigaba cuando se desmandaban, sin dejar culpa sin castigo: tanto, que una vez porque adoraron el ídolo de Fogor (h), fueron muertos á hierro en un día veinte y cuatro mil hombres. Y como si esto fuera poco, mandó ahorcar todos los príncipes del pueblo, porque no estor-

(c) Deut. 27. (d) Num. 15. (e) Deut. 27. (f) Deut. 6. (g) Deut. 1. (h) Num. 25.



baron aquel pecado. En lo cual se ve claramente la grandeza destas dos tan señaladas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia, sin que la misericordia sea parte para impedir la justicia, ni la justicia á la misericordia. En lo cual se ve cuán admirable y cuán perfecto sea Dios, así en la una virtud como en la otra.

## §. I.

Vense estas dos divinas perfecciones en los favores y castigos del Sancto rey David, y de la excelencia de los Psalmos.

Pues si el hombre pasare de aquí á las historias sagradas, en ellas verá el cumplimiento desta verdad. Porque en ellas hallará tan grandes prosperidades y favores hechos por Dios á los buenos, y tan grandes azotes y calamidades enviadas para castigo de los malos, que le causarán grande admiracion y espanto, y le darán á entender cuán grande sea el amor que Dios tiene á los buenos, y cuánto el aborrecimiento á los malos, en cuanto malos; cuán grande el precio en que tiene la virtud, y cuánto el odio que tiene á los vicios. Y por no traer desto muchos ejemplos, en solo el rey David se ve lo uno y lo otro. Porque los favores que le hizo siendo él fiel á Dios, las victorias y señoríos y riquezas que le dió, las mercedes grandes que para todos sus descendientes le prometió, ¿quién las encarecerá? Mas por el contrario (z), cuando se desmandó en tomar la mujer ajena, ¿con qué azotes lo castigó? Porque primeramente así como él desobedeció á Dios, así permitió que todo su reino se rebelase contra él, y tomasen las armas para quitarle juntamente el reino con la vida: que es la postrera calamidad que á un rey le puede venir. Por donde le fué forzado salir de Hierusalem (k), y subir por una ladera de un monte él y todos los suyos, los pies descalzos, cubiertas las cabezas y llorando: donde un enemigo suyo dende lo alto del monte le deshonraba llamándole tiranno, y usurpador del reino ajeno, y derramador de sangre, y que por sus pecados le enviaba Dios aquel azote (l). Y demas desto, por una mujer que él deshonró en secreto, de su vasallo, permitió que su propio hijo, en presencia de todo el mundo le deshonrase diez mujeres suyas (m); y por el vasallo que mandó matar, demas de la muerte del hijo adulterino, murieron tres hijos suyos á hierro (n); y la muerte del uno (que fué el levantado contra él) sintió tanto (por ver que moría en pecado mortal y se iba al infierno), que con muchas lágrimas y llantos protestó que mucho mas quisiera él morir que ver la muerte de aquel hijo. Y todo esto padeció despues de mucha penitencia y muchas lágrimas derramadas por aquel pecado. Y porque otra vez envanecido con soberbia mandó contar la gente de guerra que en su reino tenia, le mató Dios en un dia sesenta mil vasallos (o), y matara muchos mas, si con grandes lágrimas y gemidos, y con ofrescerse él á la muerte por todos, no aplacara á Dios. Pues quien estas sagradas historias leyere, no podrá dejar de ver cuánta razon tiene el hombre para amar y procurar la virtud, á la cual tantos favores están aparejados, y aborrecer el vicio, que con tantos azotes y calamidades es castigado. En lo cual tambien se ve cuánto mas nos ayudan estas letras sagradas para el conocimiento de Dios, que toda esta fábrica del mundo, pues nos dan mas distincto conocimiento de su bondad y justicia, y del grande amor que tiene á los

(i) 2. Reg. 11. (k) 2. Reg. 15. (l) 2. Reg. 16. (m) Ibid. (n) 2. Reg. 12. 13. et 18. 5. Reg. 2. (o) 2. Reg. 24.

buenos, y aborrecimiento á los malos que toda ella; el cual conocimiento nos mueve grandemente al amor y temor deste Señor.

Siguense luego los Salmos: los cuales nos enseñan á alabar á nuestro Criador, y darle gracias por sus beneficios, y pedirle socorro para nuestras necesidades, y nos dan mas claro conocimiento dél, representándonos la excelencia de sus obras, así las de naturaleza, como las de gracia (de que tratan cuasi todos los salmos), para despertar con esto en nuestros corazones amor, y temor, y reverencia de tan grande majestad: que son las cosas en que señaladamente consiste la summa de la filosofía cristiana. Porque toda ella se resuelve en dos cosas: la primera en esclarecer nuestro entendimiento con el conocimiento de nuestro Criador; y la segunda en encender en nuestra voluntad amor y temor de su sancto nombre. De las cuales dos cosas, la primera se ordena á la segunda como á su fin y cosa mas principal. Porque conocimiento solo de Dios, sin correspondencia de la voluntad, poco nos puede aprovechar. Pues á esta segunda parte de la voluntad, como á cosa mas principal, se ordenan todos los salmos. Y por esta causa quiso la Iglesia que siempre los trajésemos en la boca de noche y de dia, y que con ellos nos acostasemos, y levantásemos, y comiésemos, y cenásemos, para que con este tan continuado ejercicio añadiésemos siempre fuego á fuego, lumbre á lumbre, y devocion á devocion, y así creciésemos en el amor y temor de nuestro Criador.

## §. II.

De los libros Sapienciales, Profetas y Evangelios.

Despues de los Salmos se siguen los libros que llaman Sapienciales: de los cuales no diré mas de que son una filosofía moral, ordenada, no por Aristóteles ni Platon, sino por el Espíritu Sancto: en la cual, sin divisiones, ni difiniciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones, somos enseñados á regir y ordenar nuestra vida, así en el tiempo de la adversidad, como de la prosperidad: donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida queda sin sus propios documentos y doctrinas. En ellos son inducidos los hombres por muchas razones á ser justos, y se declara con qué género de obras lo hayan de ser, que es la summa de toda la filosofía cristiana. Los cuales libros habian de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir; porque en ellos hallarán luz para sus entendimientos, devocion para sus voluntades, medicina para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus vidas. Tienen tambien estos libros otra excelencia, que es, no haber en ellos un renglon que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado; mas aquí no hay cosa que no sea de precio, no hay cláusula que no sea una muy saludable sentencia, y una perla preciosa; porque estos libros parece que fueron una breve recapitulacion de toda la sagrada Escritura.

Siguense despues los Profetas: los cuales como tratan de las cosas que están por venir, tienen por principal officio prometer grandes favores á los guardadores de la ley de Dios, y amenazar grandes y extrañas calamidades á los quebrantadores della, como se ve en toda su escritura, y particularmente en el capítulo quinto y sexto de Ezequiel (de quien arriba hecimos mencion) (p), donde

(p) Ezech. 5. 6.

verá el lector tan grandes amenazas de Dios contra los malos, que aunque tenga corazon de piedra le dejen espantado y atónito. Con la primera destas dos cosas (que son las promesas) pretenden los profetas inclinar los corazones de los hombres al amor de Dios y de la virtud; y con la segunda (que son las amenazas) al temor de su justicia y aborrecimiento del pecado. Mas si alguno supiere bien filosofar en esta materia, hallará que no ménos mueven todas estas amenazas al amor de Dios, que las promesas; pues lo uno y lo otro nace de una misma raiz, que es la inmensa bondad de Dios, á la cual no ménos pertenece aborrecer y castigar los malos, que amar y galardonar los buenos; y pues lo uno y lo otro nos declara la grandeza de aquella summa bondad, y esta es el mayor estímulo y motivo que tenemos para amar á Dios, síguese que no es menor motivo para amarle la terribleza de sus amenazas, que la grandeza de sus promesas.

En esta misma escriptura por otra via se nos descubre tambien la grandeza de la divina bondad, y el deseo que tiene de la salvacion de los hombres, pues tantos profetas les enviaba unos sobre otros, para que les declarasen la grandeza de sus culpas, y la ira y castigo que les estaba aparejado, si no se enmendaban. Y no contento con declarar esto con gravísimas palabras, buscaba nuevas invenciones con que esto se les representase mas á la clara. A Hieremías (q) mandó que anduyese con unas cadenas al cuello, para representar las prisiones y cautiverio que por sus culpas habia de padecer, y que quebrase en presencia dellos unas tinajuelas de barro (r), para representar su destruccion. A Esaías (s) mandó andar desnudo para representar de la manera que habian de ser llevados cautivos y desnudos á tierras de sus enemigos. A Ezequiel (t) mandó rapar la barba, y repartir los pelos della en tres partes, y quemar la una parte en presencia del pueblo, y despedazar la otra, y esparcir la tercera por el aire, y desenyainar una espada contra ella: para declarar con esta representacion la diversidad de los azotes y calamidades con que el pueblo habia de ser castigado. Todos estos ensayos nos muestran por una parte la grandeza de la bondad de Dios, que por tantos medios procuraba apartar los hombres del pecado, y suspender el castigo de su ira; y por otra la grandeza de su justicia, la cual ejecutaba todas estas amenazas, si los hombres no desistían de sus malas obras.

Mas entre otras cosas, una de las mas admirables es, la fuerza del espíritu y la grandeza de la elocuencia con que estos hombres divinos afeaban y encarecian las ofensas de Dios. Lea quien quisiere los primeros catorce capítulos de Hieremías, y si supiere algo de los preceptos de los oradores, verá cómo este grande orador, enseñado por el Espíritu Sancto, trata esta causa de Dios contra los malos con tanta elocuencia, con tales palabras, con tantas exclamaciones, con tanta variedad de figuras y de razones; ya con halagos, ya con amenazas, ya con ejemplos de otras naciones, ya con ponerles ante los ojos la fealdad de sus idolatrías y desvergüenzas, y juntamente los beneficios divinos, que ni Tulio ni Demóstenes usaran ni de tanta variedad de figuras, ni de tantas sentencias como este profeta usó: elocuente sin elocuencia, artificioso sin artificio, porque tenia al Espíritu Sancto por maestro: el cual le daba primero el sentimiento de aquellos tan grandes males, y despues las palabras y elocuencia proporcionada al sentimiento que tenian. Y

así lo uno como lo otro excede tanto la facultad humana, que era imposible llegar aquí un hombre, mayormente no ejercitado en las ciencias humanas (cuales eran comunmente los profetas), si no estuviera lleno del espíritu de Dios; el cual le daba este tan extraño dolor y sentimiento de las culpas cometidas, y junto con esto palabras y figuras con que pudiese explicar lo que sentia.

Mas la doctrina de los sanctos Evangelios ¿quién se atreverá ó podrá dignamente alabar? Porque las otras doctrinas nos dió nuestro Señor por boca de sus siervos, mas esta nos dió por su unigénito Hijo, que nos fué enviado por doctor y maestro del mundo; en cuyos labios, dice el Profeta (v) que fué derramada la gracia del Espíritu Sancto, por razon de la excelencia de su doctrina. Pues la primera cosa que notamos en ella es su sanctidad y pureza; la cual quitó luego todas aquellas permisiones y licencias que daba la ley, como era tener muchas mujeres, y darles libelo de repudio, y dar á usura á los extraños, segun que arriba dijimos (x). En esta doctrina verémos con cuánta razon el profeta Esaías (y) entre los otros nombres llamó á Cristo Consiliario; porque él nos habia de dar por obra y por palabra todos aquellos consejos que arriba declaramos (z), en los cuales consiste la perfeccion de la vida evangélica. En esta misma doctrina (a) pronuncia por bienaventurados á los pobres de espíritu, á los misericordiosos, á los mansos, á los pacíficos, á los limpios de corazon, á los que tienen hambre y sed de justicia, que es de hacer lo que deben al servicio de su Criador; á los que lloran sus pecados y tambien los ajenos, y á los que padecen persecuciones, y maldiciones, y injurias por cumplir con las leyes y obligaciones de justicia. Aquí (b) se encomienda la mortificacion de todas las aficiones demasiadas de padres, de parientes, de amigos, de honras, de dignidades y de todos los bienes temporales desta vida. Aquí se destierra el amor proprio, y se encomienda el odio sancto de sí mismo (c), que es de las malas inclinaciones. Aquí nos enseña este Señor traer sojuzgada y sopeada la carne para vivir conforme á las leyes del espíritu, cuando dice (d): Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz y sigame. Porque el que ama desordenadamente su vida, la perderá; y el que la perdiere por amor de mí, la ganará. Aquí nos manda tener simplicidad de palomas (e), prudencia de serpientes, mansedumbre de corderos, y humildad de niños. Aquí se nos encomienda con grande instancia la pureza de la intencion en las buenas obras que hacemos, y que con toda diligencia huyamos el peligro de la vanagloria, que es muy grande, porque toma fuerzas para tentarnos con las mismas buenas obras que hacemos. Y este aviso nos da cuando ayunáremos (f), y cuando hiciéremos oracion, y cuando diéremos limosna; no queriendo que sepa la mano siniestra (g) lo que hace la diestra; y aconsejándonos que á aquellos principalmente hagamos bien, de quien no podamos esperar retorno del bien recibido.

Y no contento con enseñar por palabras el camino del cielo, él se nos representa aquí como un espejo purísimo de todas las virtudes; especialmente de humildad, de mansedumbre, de blandura, de paciencia, de misericordia, de fortaleza, de celo de la gloria de Dios, de

(v) Psal. 44. (x) Cap. 5. (y) Esaf. 9. (z) Cap. 5. (a) Matt. 5. (b) Luc. 14. (c) Math. 16. (d) Luc. 9. (e) Math. 10. et 18. (f) Math. 6. (g) Ibidem.

(q) Hier. 27. (r) Idem. 19. (s) Esai. 20. (t) Ezech. 5.



compasion de nuestras miserias, de deseo de nuestra salvacion, y sobre todo de caridad; la cual despues de muchos trabajos pasados por nuestro remedio, no paró hasta llegar á la Cruz. Aquí verémos cómo se muestra siempre Dios omnipotente en dar remedio á todas las enfermedades y necesidades ajenas, y hombre flaco en la defension de sus injurias (h): á veces escondiéndose de sus enemigos, á veces huyendo dellos, como cuando huyó á Egipto (i), y cuando se apartó al desierto con sus discípulos por dar lugar á la ira de sus contrarios (k): enseñándonos en esto, cuán poderosos y largos habemos de ser para con los prójimos, y cuán estrechos para con nosotros. Con estas virtudes se nos representa tan dulce, tan amable y tan suave; y con ellas mismas nos puso delante un perfectísimo retrato de la condicion y de las virtudes de su eterno Padre; porque cual se nos representó aquí el Hijo, tal es tambien el Padre, no ménos amable, ni ménos blando y misericordioso que él para los humildes, ni ménos severo para con los soberbios y malos.

## §. III.

De las Epístolas de Sant Pablo.

Tampoco hay palabras que basten para declarar la excelencia de la doctrina que contienen las Epístolas de Sant Pablo; porque primeramente se puede con razon decir dél, que fué intérprete y comentador del Evangelio. Porque los santos Evangelistas no hacen mas que contar con palabras simples amigas de la verdad, la historia de la vida y pasion de nuestro Salvador, sin encarecer la grandeza de aquel misterio y beneficio. Mas sobre este canto llano envió Dios este órgano del cielo, este divino Cantor, que con una voz de ángel echase un contrapunto sobre este canto llano; con lo cual hace una tan suave música y melodía; que sumamente deleita y suspende con una maravillosa dulzura las ánimas purgadas y dispuestas para sentir la grandeza destes misterios. Porque por aquí primeramente nos descubre las riquezas (l) de aquella infinita bondad y misericordia del Padre Eterno, que por un tan alto medio como fué la encarnacion y pasion de su Hijo, nos quiso remediar y honrar, y resucitar, de la muerte á vida, y asentarnos con él en su gloria. Por aquí dice que apareció en el mundo la benignidad y blandura de nuestro Dios (m): no por las obras de justicia que nosotros hiciésemos, sino por sola su misericordia, por la cual nos quiso salvar. Por aquí se nos declaró la grandeza de la caridad de Cristo para con los hombres (n): la cual se extendió á morir, no solo por los justos, sino tambien por los pecadores; no solo por los amigos, sino tambien por los enemigos, y por aquellos mismos que derramaron su sangre; y con esto nos incita á amar á quien tanto nos amó, y á darle gracias por este summo beneficio. Y por aquí tambien nos pone un santo y necesario temor, si fuéremos negligentes en aprovecharnos deste tan grande remedio y salud que Dios nos envió. Y no ménos por aquí esfuerza y confirma nuestra esperanza, diciendo (o) que pues Dios nos dió su Hijo, no habrá cosa que nos niegue por él; pues quien dió lo mas, y tanto mas, no negará lo que es mucho ménos. Y á esta misma virtud, juntamente con la caridad nos convida, cuando tantas veces nos encarece las riquezas inestimables de la gracia, y de los

(h) Joan. 8. (i) Matth. 2. (k) Joan. 11. (l) Ephes. 2. (m) Tit. 3. (n) Rom. 5. (o) Rom. 8.

bienes que nos vinieron por Cristo: el cual dice, que es nuestro abogado (p), nuestro propiciatorio, nuestro pontífice y sacerdote, nuestra sabiduría, nuestra justicia (conviene á saber, causa de nuestra justicia), nuestra santificacion y redempcion. Por aquí tambien nos obliga á aborrecer con summo odio los pecados; pues ellos fuéron los sayones que pusieron al Hijo de Dios (q) en la Cruz. Y por esto dice que los que pecan (cuanto es de su parte) lo vuelven otra vez á crucificar. Por aquí tambien nos exhorta á la mortificacion de nuestra carne con todos sus vicios y apetitos, para corresponder en alguna manera al que por nuestro remedio consintió ser crucificado la suya (r). Por esto dice el mismo Apóstol, que no sabía otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado; porque dél aprendia estas y otras semejantes liciones, con que edificaba á sí y á todo el mundo (s). Y por esto dice, que en ninguna cosa se gloriaba sino en sola la Cruz deste Señor; en la cual hallaba tanta luz, tanta sabiduría, tantas consolaciones, tantos estímulos de amor de Dios, tanta fortaleza para sufrir trabajos por él, y finalmente tantas riquezas de gracia, que no hacia mas caso, ni de los favores del mundo, ni de sus persecuciones, de lo que haria un hombre crucificado y muerto. Y por todas estas cosas concluye y declara cuánta sea la excelencia deste misterio, diciendo (t): Manifiestamente se ve cuán grande sea este sacramento de la piedad que se descubrió en la carne y humanidad del Hijo de Dios, y fué justificado por autoridad del Espíritu Sancto, y fué revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído en el mundo, y finalmente llevado á la gloria. Este es pues el contrapunto que este órgano del Espíritu Sancto echó sobre aquel canto llano de la historia sencilla del Evangelio, sacando della tan grandes motivos para conocer á Dios, y para poner en él todo nuestro amor y esperanza, y para abrazar la virtud, y aborrecer el pecado, y mortificar nuestra carne.

## §. IV.

Decláranse mas en particular algunas doctrinas morales del Apóstol, y lo que se requiere para entender las santas Escrituras.

Mas aquí es de notar que como tenga dos partes la doctrina cristiana, la una que trata del misterio de Cristo, y la otra de la institucion de nuestra vida, (que llaman doctrina moral), en ambas estas facultades es admirable este Apóstol, que fué dado por doctor de las gentes. Mas de la doctrina moral comunmente trata en el fin de cada una de sus epístolas. Y porque esta doctrina tanto es mas provechosa cuanto deciendo á cosas mas particulares, por esto da reglas en ellas de cómo se han de haber los padres con sus hijos, y los hijos con sus padres (v), los maridos con sus mujeres y las mujeres con sus maridos, los señores con sus siervos y los siervos con sus señores, los prelados con sus súbditos y los súbditos con sus prelados. Aquí tambien declara cuáles hayan de ser los obispos, los sacerdotes, los diáconos y ministros de la Iglesia (x). Aquí avisa cuáles hayan de ser las mujeres casadas, cuáles las vírgines, cuáles las viudas, y de qué manera han de ser socorridas en sus necesidades. Y es cosa mucho para considerar, ver cuán proporcionados da los avisos y consejos á todas estas maneras de personas, como hombre enseñado por el Espíritu Sancto. A los

(p) Hebr. 2. 4. 5. 1. Cor. 1. (q) Hebr. 6. (r) 1. Cor. 2. (s) Galat. 6. (t) 1. Tim. 3. (v) Ephes. 5. 6. (x) 1. Tim. 3. Tit. 1. et 2. 1. Tim. 2. et 3. 1. Cor. 7.

ricos manda (y) que no tengan altos pensamientos, ni pongan la confianza en sus riquezas, sino en solo Dios. A los viejos aconseja que sean templados en el comer y beber, que es vicio de viejos (z), ocasionado de la comun flaqueza desta edad. A las viudas aconseja (a) que se ocupen en oraciones dia y noche, para que por esta via hallen en Dios lo que perdieron en sus maridos. Desta manera procede por todos los estados de personas, señalando á cada uno lo que propriamente mas le pertenece.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector algo de la excelencia desta sancta Escritura. Mas otro singular indicio nos da para esto el Salvador en aquellas palabras que dijo al pueblo: Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre (b), verá claro que mi doctrina es de aquel que me envió. En las cuales palabras nos da á entender que el juez entero, y sin sospecha de la verdad y excelencia de su doctrina, es el hombre que trabaja por cumplir la voluntad de Dios, guardando fielmente sus mandamientos. Porque así como para juzgar del sabor de los manjares se requiere que el paladar esté sano, así es necesario que el del ánimo lo esté para juzgar la cualidad de la doctrina; porque de otra manera, así como el doliente que tiene el paladar estragado y inficionado con malos humores, no juzga bien del sabor de los manjares, así los hombres de vidas estragadas, que aman la maldad y aborrecen la virtud, no son buenos jueces de la doctrina que enseña á bien vivir: la cual condena sus malas costumbres y mal vivir. Porque ¿cómo aprobará la doctrina de la humildad el soberbio, y de la castidad el deshonesto, y de la mansedumbre el mal sufrido, y de la caridad el envidioso, y de la liberalidad el avariento? Y así leemos que predicando el Salvador contra el pecado de la avaricia (c) hacian burla dél los fariseos, por ser ellos muy tocados deste vicio. Pues por esto el juez derecho de la buena doctrina ha de ser el hombre virtuoso que tiene sano el paladar de su ánimo. Y este tal quiere el Salvador que sea juez de su doctrina. Porque si al que tal fuere, pusieren delante todas las leyes que ha habido en el mundo, verá mas claro que la luz del dia que la doctrina de Cristo es la mas verdadera, mas espiritual, mas sancta, mas conforme á la lumbré de la razon que el Criador infundió en nuestras ánimas, mas honoradora de Dios, mas amiga de los hombres, y mas enemiga y contraria á la carne y á todos sus apetitos, de cuantas ha habido en el mundo. Sea pues el hombre virtuoso juez desta causa, y no temerá nuestra doctrina venir á juicio ante su tribunal.

Pues por todo lo que hasta aquí se ha dicho se verá cuán grande sea esta excelencia de la religion cristiana, que es tener una tan saludable, tan católica y maravillosa doctrina para la instruccion de nuestra vida. Y juntamente con esta alabanza tiene otra, que es la verdad y sinceridad della; porque ninguna escriptura se hallará entre los filósofos, sea de Aristóteles, sea de Platon (que tuvieron los antiguos por los dos ojos del mundo), donde no haya algunos errores, de los cuales está totalmente libre nuestra filosofia. En lo cual parece ser aquella doctrina humana, y por consiguiente defectuosa como lo es el mismo hombre; y esta divina, pues está libre y exempta de todo error. Y con esta alabanza se junta otra, que es la concordia admirable del Testamento viejo con el

(y) 1. Tim. 6. (z) Tit. 2. (a) 1. Tim. 5. (b) Joan. 7. (c) Luc. 16.

nuevo: donde vemos que todo lo que allí se promete, aquí se cumple. Lo cual no es ménos argumento de ser esta doctrina revelada por Dios que el pasado. Pues según esto, ¿qué tiene que ver con esta celestial doctrina el Talmud de los judíos y el Alcoran de los moros, llenos de fábulas y patrañas mentirosísimas?

Pues en este vergel de flores que nunca se marchitan podrá el hombre virtuoso espaciarse y coger dél flores olorosas y saludables, que son sentencias y doctrinas con que sepa agradar á su Criador. Esta es aquella mesa real proveída de todos los manjares de que dice el Profeta (d): Aparejaste, Señor, una mesa delante de mí, la cual me da fuerzas y substancia contra todos mis enemigos. Pues en esta mesa hallará el hombre pasto para su ánima, instruccion para su vida, medicina para sus llagas, remedio para sus tentaciones y consuelo para sus trabajos; pues, como dice el mismo Apóstol (e), todas las cosas que están escriptas, fuéron escriptas para nuestra consolacion, para que por la consolacion y paciencia que nos enseñan las Escripturas, crezcamos en la esperanza de los bienes eternos. Mas en cabo advierto, que esta leccion no es toda para todos, sino para solos los humildes y para los que están ya fundados en el estudio y conocimiento de la doctrina católica.

## CAPITULO X.

De la octava excelencia de la religion cristiana, que es la pureza de vida que causa en los profesores y guardadores della.

Otra propiedad y excelencia ha de tener la religion y la ley, si es perfecta y verdadera, que ha de hacer virtuosos y buenos á los profesores della. Porque juzgamos de la religion y de la ley, como de todas las artes que se usan en la vida humana. Llamamos mejor piloto al que mejor gobierna una nao, y mejor médico y medicina la que mejor cura y sana las enfermedades. Pues como el oficio de la religion y de la ley sea honrar á Dios y hacer á los hombres virtuosos, atajando con grandes prohibiciones y penas los vicios, síguese que aquella será mas perfecta religion que mas eficaz fuere para estos efectos.

Pues esta excelencia tiene la cristiana religion sobre cuantas ha habido; y ella es de la que mas gloriosos frutos de varones santísimos han nacido en el mundo. Y para declarar algo desto, trataremos primero de los frutos que produjo en la primitiva Iglesia, cuando estaba fresca la sangre de Cristo, y la memoria de sus maravillas y la doctrina de los apóstoles y varones apostólicos, que con el mismo espíritu que ellos fundaban la Iglesia y trabajaban en plantar y cultivar la viña del Señor. Mas para entender cuán grande hazaña haya sido esta, será necesario declarar el estado en que el mundo estaba antes de la predicacion del Evangelio. El cual se entiende por lo que el Apóstol escribe á los de Efeso por estas palabras (a): Lo que os pido, hermanos, es que no vivais de la manera que viven los gentiles, que tienen escurecidos sus entendimientos con las tinieblas de la ignorancia y ceguedad de sus corazones: los cuales, perdida la esperanza de la otra vida, se entregaron á todas las torpezas y cobdicias del mundo. Este tan grande mal procedió, lo uno porque no esperaban bien ni mal en la otra vida, como aquí nota el Apóstol, y así les faltaba el freno del temor de Dios, que los apartase del mal; y lo otro porque en lugar del verdadero Dios, autor de toda santidad y limpieza, adoraban dioses sucísimos y deshonestos

(d) Psalm. 22. (e) Rom. 15. (a) Ephes. 4.